



LA RAZÓN HISTÓRICA.  
Revista hispanoamericana de Historia de las Ideas  
ISSN 1989-2659  
Número 46, Año 2020, páginas 28-31.  
[www.revistalarazonhistorica.com](http://www.revistalarazonhistorica.com)

---

## Quando el Diabolo pase la factura

Manuel Fernández Espinosa

Es difícil anticiparse a las consecuencias económicas, políticas y sociales que tendrá en el futuro la pandemia en curso (escribo el 8 de abril de 2020) en España. Por eso prefiero no hacer vaticinios, pero sí quiero reunir aquí una serie de impresiones e ideas que durante estos días de confinamiento me han surgido y que me parece que podrían ser útiles. La conmoción social que ha supuesto la influenza coronavírica en España y el régimen de confinamiento deducido del “estado de alarma”, así como los modos (a veces tan particulares) de enfrentar la situación, esconder la cabeza como el avestruz o reaccionar sí que merecerán mi consideración sin mayores pretensiones ensayísticas.

Quando sabíamos remotamente del coronavirus y los estragos que se producían en China, la actitud de la inmensa mayoría, por lo que observé a mi alrededor, era la indiferencia: eso parecía no incumbirnos, sucedía muy lejos. En una sociedad que se “informa” en tiempo real, el espacio todavía nos parecía quedar muy distante y, para nuestra sorpresa, hemos comprobado que no es así. Alguien tose en Wuhan y, a las semanas, una buena parte de la humanidad está infectada y muriendo; el efecto mariposa de la Teoría del Caos, enunciada en 1966 por Lorenz, se ha hecho patente: las distancias espaciales son tan relativas como las temporales, es la globalización.

Ahora, décadas después, cuando nos ha azotado la pandemia, nos hemos enterado de que esto se anunciaba por muchos expertos epidemiólogos, como es el caso de Laurie Garrett que en 1995 publicó “The Coming Plague: Newly Emerging Diseases in a World

Out of Balance” y la misma especialista y divulgadora escribió en 2001 otro libro “Betrayal of Trust: The Collapse of Global Public Health”: pero en España ninguno de los dos libros parece que merecieron su edición, nadie quiere escuchar los fatídicos vaticinios de Casandra. Ahora, a toro pasado, puede que los veamos aparecer en las librerías. Lo que Garrett describía en 2001 se ajusta a lo que estamos viviendo: un virus propagado por el orbe puede colapsar la salud pública mundial. Sin embargo, aquí en España, incluso cuando ya le veíamos las orejas al lobo que diezmaba a Italia, seguíamos con los chistes de la sopa del murciélago.

Por lo que está visto, nadie en el gobierno (con 20 ministros) se preocupó de acopiar material sanitario en previsión de lo que podía suceder. Lo primero que faltaba eran mascarillas. Una vez decretado el estado de alarma y todos (o casi) confinados partió de la iniciativa particular una espontánea reacción bienvenida por todos: las familias, los conventos de monjas, etcétera se aprestaron a confeccionar mascarillas, convirtiendo los cenobios y hogares en obradores. Cada cual, con lo que tenía a mano, empezó a improvisar la resistencia a la emergencia nacional; mientras tanto, desde la dirigencia política se daban consignas de orden higiénico y preservativo, pero a veces confusas (en muchos casos por la avalancha de “información” y “desinformación” que acarrearán las RRSS): ahora la mascarilla es importante, ahora la mascarilla no es importante, pero (eso sí) lávate las manos: la gente se ha desollado las manos de frotárselas tanto. Nos había pillado a todos con los pantalones bajados, no solo al gobierno: ¿dónde estaban los epidemiólogos? ¿dónde estaban nuestros líderes? Cuando un magnate del textil (Amancio Ortega) se puso a donar material, los apesebrados de ciertos ministerios le afeaban su conducta, como si fuese cosa de mirarle los dientes al caballo regalado.

Lo de las mascarillas y otros equipamientos fabricados por particulares y a la improvisación ha dado la nota de lo mejor que queda en una sociedad: los que responden arrimando el hombro, aunque la mascarilla casera (pues, no sabemos) no sea tan eficaz.

Lo peor de esta sociedad nuestra ha sido descubrir el estado en que han vivido, padecen y mueren, maltratados de palabra y obra, desatendidos y despreciados no

pocos ancianos en algunos geriátricos: aquí las generalizaciones no son buenas. Esa infamia es la vergüenza de una sociedad.

El confinamiento ha dejado también buen testimonio de la cantidad de espontáneos que no pueden resistir la tentación de dar la nota: saltándose la cuarentena, aquí y acullá no ha faltado el que ha salido disfrazado de dinosaurio, también de mantilla y nazarenos (y no por devoción, sino por un sentido del protagonismo del minuto, propio de perfiles narcisistas) y, creámoslo: lo mismo que se han “disfrazado” de penitentes, esos hubieran dado la nota vestidos con calzoncillos de cuero y de procaces travestis, improvisando una cabalgata para el Orgullo Gay.

Lo de los balcones se convirtió pronto en una de esas liturgias laicas que, al principio, no estuvo mal, pero luego terminan desvirtuándose por la misma tontería generalizada. Se empezó a salir al balcón para aplaudir el esfuerzo de los sanitarios y de las fuerzas del orden. Pero, muy pronto, algunos empezaron a reclamar los aplausos para otros gremios: los farmacéuticos, los transportistas, las cajeras de supermercados, los tenderos de barrio, los basureros... Lo cual no está nada mal, algunos han descubierto que todas las profesiones decentes son importantes para nuestra vida. Pero peor fue cuando algunos, intentando montar sus pretensiones sectarias sobre el tigre que cabalgaba, invitaron a las caceroladas: la primera, nada más y nada menos que para el Jefe del Estado. Y lo estaba pidiendo, pásmese usted, gente que se identifica con parte del gobierno. Una adenda puede hacerse a esta liturgia cívica improvisada durante estos días: la música. La canción más generalizada ha sido el “Resistiré” del “Dúo Dinámico”. La elección de esta canción, erigiéndola en “himno” de la situación, retrata un estado de ánimo general que corresponde al individualismo y a la pasividad social, a la vez que halaga una “mítica” resistencia individual. Si uno atiende a la letra, la resistencia que se proclama es la de uno mismo y no se busca con ella más responsable de la calamidad pública que uno mismo. ¿Nos hemos enterado? De la irrupción del coronavirus en nuestras vidas no tiene la culpa dejar las fronteras abiertas; de la diseminación por el territorio nacional, cuando Madrid ya era un tanatorio, no tiene la culpa no haber cerrado la comunidad autónoma y permitir que muchos residentes en Madrid se desplazaran a su capricho; del colapso del sistema sanitario público, por falta

de previsión y provisiones... La culpa la tengo yo y he de cantarme eso de que he de resistir, sobre todo: "Cuando mi enemigo sea yo". Claro que sí: usted, vecino de enfrente, también es culpable de la hecatombe: ¡lávese las manos! –ni siquiera en homenaje a Pilatos. Frente al "Resistiré" del dueto barcelonés, algunos han reivindicado el "Resistiré" de Barón Rojo, pero no ha merecido tanta consideración: la letra "heavy" es más acusatoria y, aunque no apunta a nadie en concreto, alguien puede sentirse aludido. Pero no pensemos que esto de elegir la banda sonora ha sido cosa de conspiraciones: es la misma sociedad blanda y pasiva la que se decanta, identificándose con ritmos y letras de canciones, expresándose lo mejor que puede: sin pensar ni lo que canturrea.

Lo que ha quedado claro, al menos a mí me ha quedado claro, es que estamos solos. Ni hemos visto surgir un líder capaz de aunarnos para afrontar la crisis del coronavirus, ni las alianzas militares y comerciales supranacionales a las que estamos adscritos han respondido a nuestros S.O.S. El gobierno debía haber previsto, pero estaba a otra cosa. Sin embargo, una vez presente la crisis, ha operado tarde, descuidada y torpemente, faltándole liderazgo y convicción que efectuara una coordinación lo más eficaz posible de la administración central con respecto a las autonómicas y de estas con la central, por lo que el ensamblaje político-territorial ha quedado al descubierto como pendiente de una corrección tan urgente como la que precisa nuestra sociedad. No se puede estar más preocupado por quedar bien que de atender a lo más prioritario: la salud de los ciudadanos y contribuyentes.

Y, para terminar, reparemos en que en el "Resistiré" del Dúo Dinámico, el himno litúrgico de los balcones más arriba referido, hay un verso que sí es digno de pensar: Resistiré... "Cuando el diablo pase la factura".

¿Resistiremos cuando el diablo nos pase la factura? Cada uno por su cuenta, es difícil. Si vamos por libre y solos nos doblegarán.